

PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10^{ta} edición francesa.

Empieza en la pág. 396.

CAPITULO XXIV.

Un attorney jeneral.

[CONTINUACION]

Entre los testigos figuraba Seth el cuáquero, personaje importante de Montmorency, en su calidad de posadero. Seth estaba prevenido contra el abogado desde su descalabro de la mañana, de suerte que le respondió con una malicia que me hizo sonreír á despecho de mi mal humor.

—¿Conoce al acusado? preguntó Fox.

—Sí, dijo el cuáquero, le conozco por su desgracia y por la mía.

—¿Te atreverías á afirmar bajo de juramento que es un pícaro.

—No he dicho nunca que es le hubiera acusado de ser un hombre honrado, respondió el amigo Seth, con la mayor calma.

—¿Qué interés tendría él en robar un carruaje y en robar caballos?

—Ninguno, que yo sepa, respondió el cuáquero. Mejor hubiera hecho en comprarlos y en no pagarlos, siguiendo el ejemplo de honorables *gentlemen*; pero, probablemente no gozaba del crédito de estos.

Tras del posadero, llegó el turno de la criada, muchacha gorda y rubia, de aire cándido y vivaz, pero que no carecía ni de pico ni de uñas, como toda hija del campo.

—Usted, pretende, dijo el abogado, reconocer al acusado, afirmando que dirigió á usted amenazas, con palabras mas que inconvenientes.

—Sí señor, murmuró ruborizada la muchacha.

—Hable usted mas alto, dijo Fox, pues los señores jurados no oyen.

—No puedo, repuso ella conmovida.

—Sí que lo puede usted; grite como yo.

—En cuanto á usted es diferente; su negocio es eso, pues desde chico lo educaron para esto.

—Usted afirma, continuó Fox, que el acusado se sirvió de palabras abominables, tan abominables, señores jurados, que el pudor me impide repetir las en público.

—Sí señor, dijo la pobre muchacha cada vez mas avergonzada.

—Muy bien, repita usted esas palabras, al tribunal y al jurado.

—Señor, dijo la muchacha incorporándose, si usted por pudor no se atreve á repetir esas palabras, no crea usted que yo pueda atreverme á hacerlo.

—Muy bien, respondió Fox sin desconcertarse: el jurado apreciará eso. Usted ha dicho que el acusado hablaba como un desvergonzado. ¿Sabe usted lo que es un desvergonzado?

—Lo presumo, dijo la muchacha mirando al abogado de tal modo que la asamblea se echó á reír y que Fox tuvo que abandonar á la testigo.

Agotada la lista de los testigos, yo tomé la palabra. La cólera me hacía cieciente, así es que me abandoné al placer de declamar. En una requisitoria que merecía ser estenografiada, hice la historia completa de aquel bandido. Tomé desde la cuna para no abandonarle sino ante el tribunal, donde iba al fin á recibir un merecido castigo.

Plutón primero á los tres años de edad, cual uno de esos niños maldicidos que nunca hicieron sonreír á su madre; luego le acompañé á la escuela, le mostré perezo, enabustero, pendenciero y preludiando la hora al robar nueces y ciruelas en los árboles del camino.

Por una fortuna inaudita, habia yo vuelto á encontrar entre los testigos tres honrados compañeros que veinticinco años antes, habian hecho fechorías con aquel pícaro futuro. De la escuela pasé al taller, y allí hice de este hombre un retrato horrible que debía ser parecido. Hablé contra la embriaguez, *ese veneno criminal*, de manera que arrebaté al auditorio.

Me hallaba todavía á diez años de distancia del crimen, y ya el acusado estaba perdido en la opinion del público. Despues de mi discurso, si algo podia asombrar, era que á los quince años no hubiera matado á su padre.

Yo no dudaba que aquel malvado tuviese un alma de parricida á los diez años y así lo dije á los jurados, pero el ciclo habia evitado al perverso el mayor de todos los crímenes; el miserable tenía la honra de ser huérfano!

En tanto que la asamblea estaba suspensa de mis lábios elocuentes, yo miraba al acusado que se revolvía bajo el azote de mis vengadoras palabras. Aniquilado por mis reproches, sin poder resistir á sus violentos remordimientos arivados, se levantó interrumpiéndome.

—Señor presidente, exclamó con voz enronquecida; si esto ha de durar así largo tiempo, tengo ya de sobra, me declaro culpable. Antes quiero sufrir los cinco años de condena, que escuchar á este bacallero.

—Desgraciado! ¿qué está usted diciendo? Retire usted tan funestas palabras.

—No, no, dijo, ese señor me bastia. Daria mi cabeza porque callara.

—Acusado, dijo el presidente, reflexione usted ántes de hacer una declaración que le pierda. Considere usted que si renueva con sangre fría esa confesión, nada me queda que hacer sino pronunciar su condena.

—Gracias, mi presidente, es usted un majistrado digno. Usted no destroza á un pobre gusano en desgracia. Qué quiero usted! la suerte me es contraria. Si me cayese de espaldas me rompería las narices. A mas de que he robado, cúmplase la ley. Pero respecto de lo que dijera á mi madre, ó de lo que hiciera cuando iba á la escuela, cuando era muchacho, me parece que nada tiene que ver ese caballero.

Mi victoria era completa. Vencido por mi talento mas que por sus remordimientos mismos, el culpable confesaba su crimen. Para colmo de felicidad, Fox, cuyo lenguaje andaz tenia, ya no podia responderme. Lo demas tocaba á la justicia y á la autoridad.

Levantada la sesion uno de los jurados se acercó á mí y me apretó la mano.

Era un c6lebre orador, un talento lleno de recursos, que mas de una vez en las cámaras habia derrotado á sus adversarios cuando tenian razon. Semejante sufragio realzaba mi triunfo, así fué que con una alegria poco disimulada recibí tan gloriosas felicitaciones.

—Estoy encantado con tan ingenioso descubrimiento, díjome mi nuevo amigo. Imitaré á usted en primera oportunidad y no seré menos dichoso. Tomar á un hombre desde que nace, apoderarse en su jérmén del vicio, del error, de la preocupacion, describir ó interpretar su largo desarrollo, oh! eso es admirable. No creo que nadie pueda salir intacto de esa revista histórica; con el procedimiento de usted me considero capaz de demostrar que Catón no era un malvado ni Sócrates un ateo.

—Yo nada he inventado, dije con modestia. Usted me lisonjea.

—No, dijo; nunca en este país se ha discurrido de una manera tan sutil. Es una nueva l6jica que hace á usted el mayor honor. Los yankees son groseros; persiguen el crimen y no al hombre, en tanto que para usted el hecho material no es nada, el hombre todo. No hay prueba suficiente del crimen de que se acusa á ese miserable, ¿qué importa eso si es capaz de cometerle! La presuncion está en contra suya, y ademas es probable que haya cometido muchos otros. Hé ahí lo que yo llamo una buena justicia, una justicia que protege á la sociedad y que solo se inquieta del bien público. ¿Es usted americano de orijen?

Esa brusca pregunta le admira á usted, prosiguió sin inquirir la causa de mi sorpresa. Escuse usted mi indiscrecion: mi madre era francesa y le debo ciertas ideas que no han entrado nunca en una cabeza sajona. Esas ideas se acercan mucho á las que usted profesa, y me inspiran la mas viva simpatia por la orijinalidad de su talento.

Para mí, por ejemplo, el estado es todo, y á pesar de la charla estúpida de moralistas ignorantes, sostengo que no se puede poner en balanza el interés de todo un pueblo y el pretendido derecho de un individuo cualquiera. Soy socialista en la buena acepcion de esta palabra, el estado primero que el individuo!

Los yankees por el contrario, espíritus limitados, cerebros estrechos, han traído de Inglaterra una preocupacion egoísta y salvaje. Que un juez falte al respeto á una

vieja jitana, que un attorney general es impaciente acusado á un ladronzuelo ó maltratado á un asesino, y en el acto surte de tierra un sajon que se pone á gritar hasta desgastarse, que la carta ha sido violada y ultrajada la humanidad. Luego una turba imbécil acude á la voz que ladra y aulla en torno del majistrado, como hacen los perros con el caballo que galopa.

Podría decirse que este es un pueblo de ladrones, donde cada cual tiene miedo de hallarse al otro día ante la corte de *assise* y defiende la libertad de los demas en el interés de su libertad propia. Gracias á la solidez de mis principios, no entiendo la justicia de ese modo. Veo complacido que en América somos dos de la misma opinion. El hombre traído ante el jurado no es un santo, y mas quiero enviar tres inocentes á la horca que dejar escapar veinte malvados. Yo soy un hombre firme; do; me usted esa mano: entre los dos educaremos á este pueblo monótono que solo tiene en los lábios una palabra—libertad.

Se despidió de mí sacudiéndome la mano de la manera mas cordial; yo nada decia. ¡Cosa singular! sus ojos no me agradaban ya; mi triunfo me causaba miedo.

¡Habré ido demasiado lejos! me decia á mí mismo. ¡Me habré dejado arrebatar por el ardor de la persecucion como el cazador que solo su pasion ensencha! No me he engañado, puesto que el culpable confiesa su crimen; pero las armas de que me he servido eran léjtimas! ¿Le es todo permitido á la justicia? ¿No tiene el acusado ningun derecho al respeto?

Estos pensamientos me agitaban á pesar mio. La idea de la venganza pública no me satisfacía ya. Entreveia vagamente una doctrina mas justa, una doctrina que sometia la justicia humana á los preceptos del Evangelio. Yo me decia que para los cristianos toda debilidad es santa, toda miseria es sagrada y que con la infancia, con la mujer, con el pobre y con el culpable mismo, la autoridad debe desconfiar de su fuerza y recelar el tener demasiada razon.

CAPITULO XXV.

Dinah.

Al salir de la audiencia hallé al cuáquero que me felicitó por mi habilidad. Este cumplimiento me complació á medias; Hamburg, por el contrario, nada me dijo; mas habria querido sus reproches. Creo que en ese momento su cólera me hubiera causado buen efecto.

Fox me aguardaba en la calle. Sus facciones contraindas, sus ojos brillantes traicionaban una pasion que no podia ya cortenerse.

—Usted debe estar satisfecho gritó al verme de lejos. Es una victoria que le honra, y creo que no será el último en hacer á usted esta justicia. No ha de faltar un diario que glorifique la eloquencia y la doctrina del señor attorney general. Un Jeffries en América es un monstruo nunca visto y que no se verá jamas. Es necesario apresurarse á admirarlo.

—Por lo demas, añadió, enfurecido con mi silencio y apretando los dientes, esto no me admira. Los hombres mas crueles son aquellos que tienen pecares domésticos; es una raza despiadada.

—Pensare domésticos! dijo con indiferencia. Señor Fox, usted ha perdido la cabeza; no sabe usted ya con quien habla.

—De veras! dijo con aire de mofa; yo creía hablar al dichoso padre de la amabilísima Susana.

La cara de aquel hombre me espantó; su risa diabólica me llegó hasta la médula de los huesos.

—Calle usted, le dije; le prohibo pronunciar un nombre que todos deben respetar.

—Vaya! dijo con una sonora desleñosa; hé ahí una severidad fuera de lugar.

—Miserable! exclamé cojiéndole del cuello, espíciate ó te aniquilo aquí mismo.

—Señores, dijo el abogado bregando para desasirse, sean ustedes testigos de esta violencia. Señor Humbug, usted me hará justicia.

—Sin duda alguna, dijo el majistrado. Pídale usted indemnización de perjuicios por esa respuesta un poco viva y le acordaré un dollar; pero si el doctor reclama de usted á su vez tres ó cuatro mil dollars, no le haré a usted merced ni de un centavo. Para mí será un placer castigar la calumnia.

—¡La calumnia! exclamó Fox, celandose espuma de rabia. ¡Adónde va pues esa preciosa señorita cuyo nombre no se puede pronunciar! Es culpa mía si todas las mañanas al ir al palacio la veo que se desliza con misterio en una de las casas ménos respetables de la ciudad! A quien puede visitar la hija honorable del honorable attorney en la célebre calle del Laurel! Allí la he visto entrar hace algunas horas; supongo que allí se halla todavía porque ordinariamente permanece mucho tiempo. Acéuse usted por calumnia, doctor, que será un escándalo divertidísimo; yo me vengaré!

Yo había caído en los brazos de Humbug. Mi hija insultada! Mi Susana difamada! el golpe era demasiado violento para un padre. Nada veía ya; mi cuerpo temblaba; el dolor y la cólera me alojaban. Al fin pude llorar; lágrimas de rabia y de desesperación, que sin endulzar mi pena, me devolvieron un poco de imperio sobre mis sentidos y me permitieron hablar.

—Señor, dije á Fox, la calle del Laurel está á dos pasos de aquí; usted va á seguirme. Humbug, usted vendrá conmigo. Señor Seth, no me abandone usted. Sobre todo, que ese hombre no haya, es necesario que se haga justicia y se hará.

—Tranquilízate, amigo Daniel, respondió el enáguero, los tres te acompañaremos. Recaló sobre estas palabras: *los tres*, miró al abogado de pies á cabeza, y doblándose las mangas, se puso á hendir el aire con un nervio de toro que tenía en la mano.

—Señores, dijo Fox con risa sardónica, estoy á la orden de ustedes; pero observen que yo no entro para nada en una diligencia que alguien podrá deplorar. Todavía es tiempo de detenerse; yo no soy un hombre cruel; pero prevengo que una vez entrado en esa casa, por mas que ustedes rueguen y lloren, no saldré de allí sinó con la fidedigna resolución de decir todo lo que en ella haya visto.

—Vamos, señor, le dije, nada me importa su piedad. Yo caminaba como un ébrio apoyado en el brazo de Humbug. No podía sospechar de tí, Susana mía; eroo en tu parezca como en la de los ángeles; pero la seguridad de aquel hombre me contrababa. Tenía un golpe imprevisto, una colada, qué se yo! Ay de mí! cuando uno ama no tiene valor mas que por sí mismo.

—Hé aquí la casa, dijo Fox, y cesó el propietario. Levantó la cabeza. La casa tenía mala apariencia.

Una entrada sombría y húmeda, paredes denegridas, vidrios rotos ó reemplazados por pedazos de papel, jirones en las ventanas; aquello era mas que pobreza, era el desorden y la suciedad del vicio. Susana en aquella guarida! era imposible.

En la puerta estaba un hombre despechugado. Con las manos en el bolsillo del pantalón, fumaba su pipa y miraba los transeuntes con toda la insolencia de un pillo desocupado. Al vernos se quitó el sombrero desfondado, y echándose sobre mí me tomó las dos manos con una ternura que me causó horror.

Era Paddy, medio ébrio, oliendo á vino y á tabaco.

—Buen día, mi salvador, gritó; hace usted bien venir á ver á un amigo. Entren ustedes, caballeros; si un vaso de *gía* no les causa miedo, no faltará.

—Paddy, le dije, es de usted esta casa!

—No, mi salvador, me respondió riendo. Si este palacio fuera mio, me lo hubiera bebido hace mucho tiempo. Es de mi mujer; es bonito, no es verdad!

—¿Alquila usted cuartos amueblados? le dije señalándole un cartel.

—Para servir á usted, doctor.

—A quiénes aloja usted en esta casa! preguntó Humbug con tono severo. A jente habituada á mi tribunal!

—Mi juez, dijo el borracho tartamudeando, no soy tan rico que pueda ser exigente; se agarra del monton lo que se halla, y se atrapa la virtud cuando se puede.

—¿Quién vive en el cuarto del piso primero? preguntó el abogado con tono burlon.

—¿Qué te importa, charlatan! ¿Eres tú quien paga!

—Responda usted, dijo Humbug. No olvide usted que está delante de un majistrado.

—No tengo nada que temer, dijo el irlandés muy conmovido. Usted bien comprende, mi juez, que en un cuarto de tres dollars por semana y pagados adelantados no se aloja sino jente honrada. Es una señora la que vive en el primer piso; y añadió á media voz, una linda señora, agrudable, atenta, poco exigente, es la perla de la casa.

—¿A quién recibe? continuó Humbug que me veía perder el color.

—Perdone usted, mi majistrado; no estamos en el tribunal. La América es un país libre; pagando, cada cual hace en ella lo que le place. Si por esta puerta pasan algunas personas no se las mira, y si se las mira no se las vé.

—No se haga usted el ignorante, dijo Fox. Mire usted que he hecho arrestar á mas de uno que valia mas que usted. Hace una hora, he visto entrar en esta avenida á una jóven rubia, con vestido negro de seda, y sombrero de paja; ¿adonde iba!

Paddy intimidado se acercó á mí implorando que le socorriese.

—Amigo mio, le dije, hágame usted el favor de constatar; esté usted seguro de que no tenemos mala intencion; yo recompensaré su complacencia.

—Mi salvador; para usted no tengo secretos. Usted me ha socorrido en la desgracia, soy irlandés, no hay mas que decir; me arrojaría al fuego por usted.

—Por amor de Dios, marmuré dándole algunos dollars! hable usted, me mats su tardanza.

—Pues bien, doctor, repuso, todas las mañanas, á la misma hora esa señorita rubia viene á visitar á la jóven que vive en el primer piso; está arriba.

—Creo que mi presencia es inútil, dijo Fox con ironía; el señor attorney general ya no necesita mis servicios.

—Señor, díjele con un jesto de amenaza, quiero confidir sus malignas sospechas.

—¿Y de mí hablaba de ese modo para engañarme á mi mismo; ya no sabía qué pensar y estaba desesperado. Humburg me tomó de la mano y entré en la caverna como el hombre que busca la muerte.

La puerta del primer piso estaba abierta. Había una pieza de entrada, especie de cocina, sin cortinas ni muebles. Detúveme para tomar aliento; mi corazón palpaba con violencia. Seth se aseguró de que el abogado no había seguido, luego cerró sin ruido la puerta y guardó la llave. No teníamos ya que temer á los importunos.

Yo no me hallaba en estado de hablar. Hice señas á mis compañeros que permaneciesen en su puesto y me escurri sin ruido hasta la entrada del segundo cuarto.

En frente de mí y dándole la espalda, estaba una mujer recostada en un viejo sillón. A sus pies estaba una niña sentada en un taburete de paja, y á su lado Susana con la Biblia en la mano ocupábase en una lectura piadosa que era escuchada con atención:

“Cargáronme de iniquidades y en su cólera afijéronme con sus persecuciones.

“Mi corazón conturbado está dentro de mí, y miedo de muerte cayó sobre mí.

“Teror y temor vinieron sobre mí, y cubriéronme tinieblas.

“Y dije: ¿quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré?

“He aquí que me alejé huyendo é hice mansion en la soledad.

“Aguardaba á aquel que me salvó de la pusilanidad de espíritu y de la tempestad.”

—¡Oh Susana mía! exclamó la desconocida, después de Dios, eres tú quien me salva la vida. ¡Cuánto bien me causan esas palabras! Tú al menos no me has abandonado.

—¿Y á mí me olvidas? dijo la niña.

—No, queridita mía, repuso la jóven; pues en la escuela del domingo solo tú notaste mi ausencia; pero en mi familia, ¿quién se acuerda de mí?

La niña saltó al cuello de su maestra, las tres se abrazaron llorando,

—¿Habrá contajo en las lágrimas? era para mí la emoción demasiado fuerte? No lo sé; pero bien fuese de dolor ó de placer, ello es que yo sollazaba.

—Padre mio, exclamó Susana, usted aquí ¿por qué casualidad?

—Hija querida, le dije estrechándola contra mi corazón y sonándole con violencia para ocultar mis ojos enrojecidos, los padres son curiosos; hay días en que no se disgustan de saber adonde van sus hijos.

—La curiosidad es un feo defecto, dijo Susana amenazándome con el dedo. Un padre bien educado diría á su hija.—Señorita ¿me permite usted que la acompañe?—Y entónces sin hacerse rogar la señorita tomaría el brazo de su padre, como yo lo hago; le conduciría delante de una pobre jóven que necesita apoyo, y le di-

ría con una graciosa reverencia.—Doctor Smith, pido á usted su amistad para mi querida Dinah.

—Señor, dijo la extranjera tomándose las manos, bendíjala usted, es mi ángel salvador.

Al decir estas palabras se había levantado, la sonrisa volvía á su rostro pálido, cuando de pronto dió un grito terrible y volvió á caer en el sillón, temblando y con la cabeza inclinada.

—Perdon, hermano mio, murmuró la infeliz, ten piedad de mí.

—Así cumplas tu palabra! dijo Seth. Tu madre te cree en camino para California; ella te bendijo al partir, ¡será preciso que retire su bendición!

—Seth, dijo la jóven bañada en lágrimas, yo partí, pero me faltó el valor; tengo necesidad de mi madre y de los que me aman.

—Di pues qué necesitabas volver á verle y perderte.

—No, no, gritó, soy una muchacha honrada. El no sabe que estoy aquí, nunca lo sabrá. Solo he visto á mi buena Susana.

—¿Y qué quieres hacer? repuso el cuáquero con una dureza que me lastimó. Tú sabes que en casa ya no hay pan para ti.

—Seth, no me abrumes; ya no seré una carga para ustedes. Susana me ha hallado una colocación de maestra de escuela en un arrabal donde nadie me buscará. Viviré de mi trabajo, solo te pido ir una vez por semana á abrazar á mi madre y volver á ver nuestra casa.

Nada es mas embarazoso en medio de las escenas de familia, que la presencia de un extraño. Me retiré pues con Humburg, cuando en el fondo de la primera pieza, en un rincón oscuro noté á Fox contemplando una estampa alumada. Era el retrato de *Monarca* hijo de *Elipse*, vencedor del derby en 1812. Confuníóme á un piecero y gozarse en su confusión es un doble placer, así fué que ningún escrúpulo tuve en mofarme del calumniador.

—No crea, le dije, que fuese usted tan apasionado del *turf*. A cincuenta años de distancia los laureles de *Monarca* impiden que hable el mas célebre abogado de Massachusetts, que asombro! Es como para ponerlo en los periódicos!

—Por piedad, doctor, hágame usted salir.

Su cara estaba tan demudada, su voz tan débil, que en verdad causóme lástima. No lo crea capaz de tantos remordimientos. Hé ahí, pensaba yo, cuán mal se juzga á los hombres. Creese que los abogados no son sensibles sino por cuenta ajena; qué error!

Iba á entrar otra vez en el cuarto para pedir á Seth la llave que había guardado, cuando el cuáquero salió bruscamente, arrastrando consigo á su hermana desgrefada y rechazándola con desprecio. Susana lloraba amargamente; Humburg trataba de decir algunas buenas palabras; todos estábamos conmovidos; solamente Fox habíame vuelto á admirar el *Monarca*; inmóvil y mudo, podía decirse que quería hundirse en la pared.

Una vez mas, gritaba el cuáquero tratando de desasirse de las crispadas manos que estaban agarradas de su frac, te repito las palabras de tu madre:—“No volverás á casa sino del brazo de un esposo.” Y puesto que ese hermoso desconocido te ha prometido casamiento, hazle cumplir su juramento.

—Un pleito, exclamé. Vamos pues, dichoso vengador

de la inocencia, muese Fox, ahí tiene usted la ocasión de lucirse.

Si un rayo hubiera caído á mis pies, hubiéramos espantado ménos que la explosión que se siguió á mi impertinente chanza.

Apenas Dinah hubo levantado los ojos sobre el abogado se irguió como una loca, riendo y llorando á un tiempo.

—Gabriel! exclamó, mi Gabriel! Ese es, hermano mio, ese es!

Nada comprendía yo de aquella tempestad que había desencadenado. El enjuero entendía mejor.

Mientras que Dinah se arrojaba al cuello de su Gabriel, Seth hizo jirar dos ó tres veces el nervio de toro, y acercándose á Fox que visiblemente se ponía pálido, lo dijo con un tono poco tranquilizador:

—Amigo, vuelve en tí y explícate; espéro.

Entre las ternezas de la hermana y las amenazas del hermano, el abogado hacía una figura tan lastimosa que me regocijaba. El hombre natural es un animal perverso; el evangelio no es demasiado para hacernos amar á nuestros enemigos.

Humbag era mas buen cristiano que yo.

—Señores, dijo con acento grave y dulce, creo que ha llegado mi turno. En tan delicado asunto, la última palabra toca al majistrado:

*Nec Deus interit, nisi dignus vincit nos
Inciderit.*

Mi querido Fox, yo no dudo de las intenciones de usted. Si se le pidiera á usted consejo en semejante coyuntura, sin duda que usted respondería que un pleito por ruptura de promesa tendría para un abogado las consecuencias mas desagradables; no solamente importaría una pérdida de fortuna sino que sería la ruina de una clientela, quizás tambien la obligación de cambiar de país. ¿No piensa usted así?

—Sí, murmuró Fox suspirando.

—Necesitaré añadir, prosiguió el excelente Humbag, que ofrecía un cabo al abogado, necesitaré añadir que un hombre como usted no tiene que inquietarse por consideraciones como estas, por mas graves que sean! Bastaría haber empeñado su palabra para cumplirla; ¿no es verdad?

—Sí, dijo el abogado suspirando de nuevo; yo he amado siempre á Dinah, lo que me detenía, eran ciertas dificultades...

—Que ya no existen, interrumpió Humbag. Todos estamos aquí de acuerdo. Tode va á concluir como en las buenas comedias; amor, lágrimas é intrigas en los primeros actos, y por desenlace el matrimonio.

Fox abrazó á Dinah con poca maña y dió la mano al casquero; Dinah, colorada de placer, corrió hacia Susana.

—Querida amiga, le dijo, á tí debo mi felicidad. Y á tí tambien, nifia mia, dijo á la chiquilla, que se ponía pálida de celos.

—Todo esto está muy bueno, dijo Seth, que nunca se iba á las nubes. Pero ya que estamos reunidos y que tenemos aquí al señor juez de paz, nada impide redactar el acta de matrimonio sobre tablas.

—Con mucho gusto, dijo Humbag. Señorita Susana, usted será mi notario.

(Continuaré).

EL CORO DE ANJELES

POR

Pedro Antonio de Alarcón.

I.

Eran las siete menos cuarto de una mañana de diciembre, y aun no habían llegado á nuestro horizonte ni tan siquiera noticias de un sol que debió de ponerse la tarde antes á eso de las cuatro y media, pero del cual, hacia ya algunas semanas, solo se sabia en Madrid por escrito, ó sea por el almanaque, puesto que las nubes de un obstinado temporal no permitían que se le viera cara á cara y en persona.

A eso de las siete y cinco minutos, recibíase un parte telegráfico, mezclado por la lluvia é interrumpido por la niebla, que venía á decir algo parecido á lo siguiente:

“Palacio de la Aurora—Distrito de Madrid—Dios á los hombres—Señores: acaba de amanecer un día mas.—El de ayer queda archivado por el padre Petavio en la página 347 del legajo 5940 de los tiempos. Estamos á trece; Santa Lucia.—Hace un frio de todos los demonios.—Dejen ustedes la cama. Cada uno á su trabajo, y cuenten ustedes conmigo; muy buenos dias.”

Cuyo parte telegráfico camló con la velocidad del rapor los cuatro ángulos de la población.

Y en efecto, pocos momentos después conocióse que el sol debía de andar por el cielo, y dió principio en las calles y en las casas una de esas mañanas frías, infalibles, indiferentes á nuestros pesares, que llegan sin que nadie les llame quizás, contra los deseos de algunos, á finalizar una noche de amor ó de escándalo, ó á poner término á una vijilia pasada á la cabeceera de un moribundo. Mañanas súbitas, inesperadas, alevosas, ni profetizadas por el lucero del alba, ni coronadas por el rocío, ni arreboladas por las nubecillas eropnsculares, y que por lo mismo, ni hacen madragar á las flores ni á las niñas de trece años, ni merecen un saludo de las codornices enjanladas en los balcones, ni son desperezadas por el viento perfumado de las selvas. Mañanas, en fin, que se parecen al *Diario de Avisos* en que se meten en vuestra casa, por debajo de la puerta, todos los dias, irremisiblemente, *inclusive* los lunes y el primer dia de *Pascua*, diciéndose: “el mes adelanta y vuestros acreedores lo cuentan con los dedos...” lo que os hace saltar de la cama lamentando el veros con tan buena salud, y deseando ardientemente ser empleado del gobierno y tener hijos, ó que resulten ciertos los pronósticos de que se aproxima el fin del mundo.—Decíamos que dió principio una de esas mañanas.

En quel momento apareció en la puerta de una magnífica casa de la calle del Barquillo un elegante jóven de veinte y dos á veinte y tres años, el cual miró á la calle, como si temiese ser visto por los transeuntes, y se deslizo después, pegadito á la acera, como si tampoco quisiese ser divisado desde los balcones de la casa que acababa de abandonar.

Si yo no supiera que el jóven en cuestion no vivía allí, ya me lo harían sospechosos la sonrisa del portero que le